SOY
AÑO 1 N°51
27.2.09
DIVERSIDAD EN
Página|12

JAVIER VAN DE COUTER: GRITAR "ACTUE", "LUCHE CONTRA EL SIDA" SIGUE SIENDO TAN INDISPENSABLE COMO HACE 20 AÑOS.

CAMBIO DE SEXO

Las preferencias del Oscar

Es sabido que en los últimos años el Oscar ha apostado en varias ocasiones por películas a las que la **diversidad sexual** les concierne, lo que, viniendo de una entidad tan preocupada por la corrección política como la Academia de **Hollywood**, podría parecer un gesto de incipiente apertura, aunque también el supuesto reconocimiento a la "versatilidad" con que actores o actrices mayormente straight encarnan personajes homosexuales —como si éstos vinieran de otro planeta—; un "desafío" que genera el mismo encantamiento en la Academia que ver a mujeres bellas haciendo de feas (¿será, en ambos casos, premios al "sacrificio"?).

Y si bien era un voto casi cantado que este año Sean Penn se alzaría con la estatuilla por su papel en el film de Gus van Sant sobre la vida del militante gay Harvey Milk, ¿acaso a alguien se le cruzó por la cabeza que esa película y no *Slumdog Millionaire* podía ganar el Oscar? Menos aún siendo *Milk* una película de alto voltaje político, lo que ya le quitaba de entrada casi cualquier chance. Amén de no contar con ningún gay, lesbiana o trans haciendo de psicópata, asesina o —aunque el protagonista es una víctima— muriendo de asfixia dentro del closet o en el mismo instante de ser descubierta dentro de él, ya que ésas son las historias que más le gustan a Hollywood. Como prueba, valga una revisión de los últimos años de premios en este sentido:



William Hurt, mejor —y sufrido— actor en 1985 por su papel en la adaptación cinematográfica de *El beso de la mujer araña*.

Tom Hanks, mejor actor por su personaje de un abogado enfermo de sida que lucha contra la firma que lo despidió a causa de su enfermedad en *Philadelphia* (1993).

Hillary Swank, quien en 1999 ganó el premio a la mejor actriz por su papel de un chico trans —masacrado y violado— en *Boys don't Cry*.

De **Nicole Kidman**, que en 2002 ganó el Oscar por su interpretación de Virginia Woolf en *Las horas*, todo el mundo hablaba de su fea nariz.

Charlize Theron se impuso en 2003 por su protagónico en *Monster*, film en el que encarna a Aileen Wuornos, una lesbiana asesina serial.

Philip Seymour Hoffman, un alivio, mejor actor en 2005 por *Capote* y Sean Penn, por la mencionada *Milk*.

A esta lista habría que agregar las nominaciones de Javier Bardem por su interpretación del escritor cubano Reinaldo Arenas en *Antes que anochezca* (2000), la de Heath Ledger convertido en cowboy gay en *Brokeback Mountain* (2005), la de Felicity Huffman, quien compone a una transexual adorable en *Transamerica* (2005), y la que recibió la británica Judi Dench, en 2006, por su papel de una profesora lesbiana que acosaba a Cate Blanchett en *Escándalo*. Y si de pioneros se trata, forzoso es recordar las nominaciones de Peter Finch (en 1972, como mejor actor protagónico por su papel de un médico judío homosexual en *Sunday Bloody Sunday*), Al Pacino y Cris Sarandon (amantes en *Tarde de perros*, un film de 1975 en el que el primero atracaba un banco para costearle la operación de cambio de sexo al segundo, y que les valió a ambos nominaciones como actor principal y actor secundario, respectivamente), Cher (quien tuvo su primera nominación al Oscar por su interpretación de una lesbiana que compartía cuarto con Meryl Streep en la olvidable *Silkwood*, de 1983), Bruce Davidson (protagonista de *Longtime Companion*, primer film sobre el sida en la comunidad gay de Nueva York, en 1990), Greg Kinnear (el gay de *Mejor imposible*, película por la que Jack Nicholson ganó como actor protagónico en 1997), y Sir Ian McKellen (quien en *Dioses y monstruos* encarna a James Whale, el director de *Frankenstein* y *La novia de Frankenstein*, que en la ficción se enamora temerariamente de su joven y distante jardinero, interpretado por Brendan Frazer). Una lista que promete seguir agrandándose conforme Hollywood siga buscando nuevas maneras de diversificarse, que también son formas de sobrevivirse.

Matrimonio, ese deseo prohibido



Se puede echar una mirada a esta imagen y cerrar los ojos. Hacer silencio para que se apague el bullicio que impone el mármol negro, el juego de espejos, la cuenta innecesaria sobre si hay dos o tres lavabos en ese baño: las marcas de la burguesía. ¿Qué quedaría entonces en la memoria? Seguramente, la niña. La niña dos veces en la foto; la niña, su abrigo peludo, su mirada oblicua, sus ojos enamorados de ese hombre que, se sabrá después —cuando un epígrafe aporte más datos para encuadrar la imaginación—, es uno de sus padres. El otro padre tal vez ya haya pasado por el baño; es el día de la boda de los dos hombres y por eso la niña luce engalanada. Esa podría ser la razón, también, de la mirada curiosa: ella tiene edad para saber que es un privilegio asistir a la boda de los padres; la mayoría de las bodas suceden cuando los niños o las niñas aún no han nacido. Es un evento extraordinario, entonces, como podría ser cualquier fiesta, salvo que las de este tipo, así llamadas bodas, matrimonios, casamientos, suceden en pocos lugares del mundo. Casi se los podría contar con los dedos de la mano. Pero la demanda para que existan da la vuelta al mundo, al mundo occidental, al menos. Casarse sigue siendo un sueño para quienes lo tienen prohibido por la ley y por eso la emoción en la voz del joven guionista de *Milk* —Dustin Lance Black— cuando enunció en público ese deseo de adolescente, "enamorarse y casarse", casi una pancarta política en el estrado de la ceremonia de los premios Oscar, en el estado que acaba de quitar el derecho al matrimonio a las parejas del mismo sexo.

La niña de la foto se llama Stassa. Su imagen —tomada por Mattia Insollera—, pero seguramente también su historia, acaba de ser premiada con el World Press Photo, un galardón al que cualquier reportero o reportera gráfica que se precie aspira a lo largo de su carrera. Sus ojos curiosos, la pizca de orgullo que se puede adivinar en ellos cuando la mirada se enreda con lo que ya se sabe de ella, forman parte de la galería de la memoria de esta época, en la que todavía el matrimonio puede ser un evento extraordinario, aunque sólo merced a la restricción a la que está sometida buena parte del mundo.

pd

Padres y madres fuera del closet

cartas a **soy@pagina12.com.ar**

Hola queridos amigos:
Gracias por existir y salir todos los viernes. Yo soy de las que, sí, lo despliego en el subte B, donde viajo habitualmente y lo hago con orgullo. También observo con satisfacción que parejas de varones o chicas a menudo, y cada vez más, no ocultan su afectividad y mutuo amor, al igual que lo hacen las parejas hétero. Siempre que puedo y armándome de coraje me acerco a felicitarlos por su valentía y decirles que nunca dejen de manifestarse así, pues de eso se trata: del AMOR, nada más ni nada menos. Todo esto es mi sueño y deseo, para la vida de mi hija, a partir del día en que ella me confirmó que era, según su propia expresión, "exquisita polvo para hornear". Ojalá hubiera estado yo en el bar donde se produjo ese hecho discriminatorio que señalaba a la lectora en un carta, la otra semana. Sin duda las hubiera defendido y apoyado a morir, pues también nos sentimos igual de discriminados los padres y me duele decirlo, pero también a veces nos cuesta salir del closet. Es indudable que las cosas van cambiando y evolucionando y que también somos legión los que abrimos nuestras cabezas, nos informamos (también vamos a la Marcha del Orgullo con nuestros carteles) y desparramamos por el mundo la total convicción de que las personas tienen derecho a vivir su sexualidad de acuerdo con la orientación que tengan por naturaleza y que está tan bien como cualquier elección afectiva de cualquier persona. Los padres que nos juntamos para hablar, aprender, aceptar y comprender a nuestros queridos hijos, lo hacemos también para todos aquellos que erróneamente consideran que los chicos "eligen" ser así porque está de moda, o que deben "curarse" o "ir a terapia para cambiar su cabeza" y "bueh... si no hay más remedio, callarse, ocultarlo y no hablar más del tema". Desde el lugar de los hijos, queremos que no sufran la propia homofobia que los lleva a no aceptarse y que sean felices con sus parejas. Ya sabemos que si bien hay padres a quienes les cuesta aceptar la realidad, quizá brindándoles contención, consejos y sobre todo el paso del tiempo, les sirva para transitar un cambio frente a este vínculo, conflictivo a veces, pero que a medida que se lo va incorporando al entorno familiar, todos podemos salir fortalecidos y con la posibilidad de crecer a fin de ser personas mejores y más integradas. Estamos convencidos: la familia unida vence a la homofobia. Seguimos trabajando junto a ustedes.

Stella Maris
estemaral@hotmail.com
www.familiaresdegays.org.ar



Inscripto en el cuerpo

Adecuar el cuerpo al género en el que cada quien se reconoce puede ser un deseo que sabe saltar obstáculos, miedos, mitos. En este país, las operaciones de cambio de sexo se realizan en el sistema de salud pública, siempre y cuando se logre atravesar el laberinto de la autorización judicial —necesaria según la legislación vigente, dictada por el gobierno de facto de Onganía— y los protocolos médicos que convierten en "casos" a quienes reclaman por el íntimo y personalísimo derecho a la identidad.

texto **Sebastián Hacher**

Visto por sus superiores, el agente Naya era muy particular: se había enrolado en la Policía Bonaerense como mujer, pero insistía en usar pantalones y cumplir tareas de hombre. Cuando le negaban la posibilidad, pedía que le tomaran una prueba para demostrar que podía. Así conquistó espacios dentro de la fuerza: le dejaron manejar patrulleros, hacer piruetas en moto y ser tan operativo como el que más. En 1979 perdió un dedo de la mano derecha durante un tiroteo. Para entonces la mayoría de la gente le decía Gaby, nombre que indicaba cierta ambigüedad y que representaba un homenaje secreto a su abuela. "A los 12 años —recuerda— fue la primera persona con la que me animé a hablar. Le dije que quería ser hombre, y ella se llevó mi confesión a la tumba. Una vez me dijo que si yo hubiera nacido varón me hubiese llamado Jorge Gabriel. Entonces tuve la idea de ponerme ese nombre."

Al hacer esa primera confidencia, Gaby tenía claro lo que deseaba. El gusto por jugar a la pelota, decapitar muñecas, cazar pajaritos con su primos de City Bell o atajar en los partidos de fútbol no era algo que "ya se le iba a pasar", como decían los psicólogos, sino parte estructural de su personalidad. Además de enamorarse de mujeres heterosexuales, Gaby se mostraba como uno de esos tipos que parecen destinados al paraavalanchas: con dos o tres certeros botellazos en la cabeza habría dejado las huestes de la ley para ser barrabrava de Estudiantes de La Plata, el club de sus amores.

A los 21 decidió que se quería operar. "Sabía —dice hoy— que había nacido en un envase equivocado." Averiguó cómo era el tratamiento en Chile, donde para entrar en el quirófano alcanzaba con pagar la tarifa, pero enseguida desistió: para hacer todos los pasos tenía que vivir un año en el país trasandino, y además seguiría teniendo documentos de mujer para siempre. Por muchos años, entonces, vivió con una diferencia entre su identidad y su nombre legal, con un desfasaje insoportable entre el deseo y el cuerpo.

En 2006, cuando estaba por cumplir 45, Gaby Naya descubrió que un equipo médico del Hospital Gutiérrez había operado a mujeres transexuales. Volvió a su ciudad natal y pidió un turno en el mismo consultorio. Allí conoció a César Fidalgo, que venía de hacer algunas operaciones inversas a la de Gaby y con quien, sin saberlo, había compartido la misma tribuna en la cancha del Pincha. Los médicos accedieron enseguida: Gaby era el primer hombre trans que recurría a ellos. Le pidieron un tiempo para capacitarse, tiempo que Gaby ocupó en ir a la Justicia: en la Argentina, las operaciones de reasignación genital están reguladas por la Ley 17.132, dictada durante el gobierno de Onganía. Allí se prohíben las "intervenciones quirúrgicas que modifiquen el sexo del enfermo, salvo que sean efectuadas con posterioridad a una autorización judicial". En esas dos líneas se esconde el laberinto donde suelen perderse las ilusiones de alivianar el sufrimiento o conquistar la felicidad mediante el uso del bisturí.

EL PROTOCOLO

Para cuando Gaby comenzó sus trámites, ya se había avanzado bastante en materia de cómo aplicar esa legislación. La prehistoria comenzó en 1997, cuando un tribunal permitió la operación de Juana Luffi, de 50 años de edad. Juana había nacido con un pene atrofiado y deseo de ser mujer. Durante más de una década peregrinó por juzgados y hospitales hasta que logró que se reconociera su derecho. En 2001 se operó Susana Panello, que consiguió su DNI femenino tres años después, y en 2006 le llegó el turno a Alejandra Portatadino.

Después de larguísimos trámites, de perder su trabajo e incluso intentar suicidarse, Alejandra logró la autorización judicial para entrar al quirófano. En su caso se diagnosticó disforia de género, que es considerado uno de los síntomas del síndrome de Harry Benjamín. Ese síndrome se define como una "variación genética, hormonal y neurológica que produce que el cerebro se des-



Me pusieron una prótesis norteamericana, que funciona bárbaro. En uno de los testículos llevo una bomba, que la acciono y hace que se ponga el pene en erección. Hasta que yo no lo bajo, no se baja.
Gaby Naya

FOTO: GUADALUPE LOMBARDO

arrolle con un sexo opuesto al físico genital del individuo que lo padece". En términos médicos, la disforia de género es "un desacuerdo profundo entre el sexo biológico y el sexo psicológico". En esos mismos ámbitos clínicos, también se le llama disforia a la transexualidad.

El caso de Alejandra no sólo sentó jurisprudencia legal sino que generó un protocolo de atención médico-judicial para personas con intenciones de acceder a una cirugía. La propia Alejandra participó de la elaboración. "Ahora —explica desde su lugar en la CHA, la Comunidad Homosexual Argentina—, una persona que siente que necesita la operación tiene que ir a un psicólogo especialista y pedirle un psicodiagnostico. Intervienen un psicólogo y un psiquiatra. Una vez que está el psicodiagnóstico, se presenta en la Justicia. Allí interviene el cuerpo médico forense. Entonces citan a la persona, confirman el diagnóstico y toman otras pruebas. Tiene que ser un diagnóstico certero. Si el dictamen es favorable, el cuerpo médico forense confirma el diagnóstico y dice que es conveniente la cirugía, el juez saca la sentencia favorable. Entonces se envía un oficio al hospital para autorizar la cirugía."

Desde el año '97 hasta hoy, el equipo médico del Hospital Gutiérrez realizó 18 operaciones de reasignación genital. "De masculino a femenino —explica César Fidalgo, jefe de Urología de ese hospital— hemos realizado 14 y de femenino a masculino, completa, una sola: la de Gaby. Después hay tres más que están en proceso, que han recibido la primera cirugía o van por la segunda." En todos los casos, las personas que se operaron pasaron la prueba de los controles médicos y consiguieron la autorización judicial. Ese último paso a veces complica las cosas. "Al intervenir los juzgados —dice Fidalgo—, cada uno lo hace como quiere, y cada juzgado pide cosas distintas, algunos piden que intervenga el tribunal de bioética, otros no. Esto tendría que pasar por el ámbito médico, no por el judicial; es un tema médico, psicológico, psiquiátrico, quirúrgico o como quieras llamarlo, como pasa en España, por ejemplo. La Justicia sólo tendría que intervenir en la rectificación de la identidad legal. No puede ser que a mí me venga un paciente estudiado por un juzgado."

NO SOMOS ERROR

Julia Amore es una actriz de sonrisa generosa y ojos brillantes. Tiempo atrás decidió emprender su tratamiento de readecuación genital. Ese, explica, "es el nombre específico de lo que voy a hacer, porque mi vida como mujer y mi género ya los tengo, no me los tiene que reasignar nadie". Para hacerlo, Julia eligió el Hospital Durand, donde todavía no se hizo ninguna intervención quirúrgica. Su proceso de transición comenzó hace un año, y Julia prometió narrarlo paso a paso desde las páginas de la revista *El Teje*. En estos primeros pasos, dice, "descubrí que no es nada fácil, que estamos en un país donde las leyes son totalmente obsoletas. Reconfirmé lo que ya sabía y lo que todos vivimos en el día a día. Me encuentro con que tengo que hacer una serie de cosas que yo no sabía; estudios, análisis y psicodiagnósticos con psicólogos y psiquiatras. Tengo que reconocerme 'no sana' o 'con falla' para que la ley en nuestro país me pueda otorgar la posibilidad de operarme. Yo no me siento fallada, pero son las cosas en las que hay que transar para que después me otorguen la posibilidad de hacerme la reasignación de sexo".

Sostener que la transexualidad es una enfermedad parte de una clasificación de la Organización Mundial de la Salud, que la define como una patología mental a la que denomina "Trastornos de la identidad de género". Desde allí se construye toda la normativa que rige sobre la posibilidad o no de modificar los cuerpos de las personas transexuales. En algunos países como España, donde el diagnóstico psiquiátrico es necesario para acceder al quirófano, la comunidad trans inició una campaña contra la disforia de género, a la que consideran una forma de transfobia. En la Argentina, además de las resistencias individuales —las personas que respiran hondo y se deciden a cumplir todos los


FOTO: DANIEL DABOVE

"Tengo que reconocerme 'no sana' o 'con falla' para que la ley en nuestro país me pueda otorgar la posibilidad de operarme. Yo no me siento fallada, pero son las cosas en las que hay que transar para que después me otorguen la posibilidad de hacerme la reasignación de sexo." **Julia Amore**


FOTO: RAFAEL YOHAI

Alejandra Portatadino


FOTO: GUADALUPE LOMBARDO

Marcela Romero

requisitos legales con cierta resignación—, también hay voces disonantes. Para Mauro Cabral, del Mulabi (Espacio Latinoamericano de Sexualidades), las consecuencias de esa clasificación representan un avance de la medicalización sobre las experiencias trans en la región. "El considerar —sostiene— que si una persona se identifica en un sexo distinto al que le dieron al nacer es porque sufre algún tipo de patología, o de trastorno, reduce a las personas trans a un status perpetuo de pacientes." Para Mauro, cada persona trans tiene, en principio, la posibilidad de abrir el juego a nuevas narrativas. "Pero se trata de una posibilidad que es a menudo anulada, por ejemplo, cuando la medicalización es el único modo de obtener el derecho a la identidad." Lo importante, sostiene Mauro, "es conservar la capacidad para distinguir entre lo que aparece como una coacción social y normativa y lo que aparece naturalizado. No es lo mismo decir que sufro de algo para obtener el acceso a un derecho, que encarnar el diagnóstico como aquello que me define. Una cosa es necesitar un bisturí para encarnar el cuerpo que queremos y otra distinta es que ese bisturí nos inscriba el diagnóstico en la carne".

EN EL QUIROFANO

Ya sea con resignación y valor o sólo con alguno de esos dos ingredientes, cuando se sortean todos los obstáculos y se llega al quirófano, parte de la historia está a punto de terminar. En el caso de las mujeres trans se realiza una sola intervención quirúrgica, a veces seguida de una cirugía estética. "Con la piel del pene —explica César Fidalgo— se hace la vagina, y con lo que son las bolsas escrotales se hacen lo que son los labios mayores. La parte urinaria se adapta para que la paciente pueda orinar sentada. Desde el punto de vista estético y funcional, la paciente va a tener una vagina." Para los hombres trans, las operaciones son más complejas. En total son cuatro. Primero se extraen las mamas. En una segunda etapa se hace lo mismo con el útero y ovarios. Con lo que es piel de tejidos abdominales se hace el pene y las bolsas escrotales, además de colocar una prótesis testicular. Por último, si el paciente puede pagarlo —el resto se hace en el hospital público—, se coloca una prótesis peneana hidráulica, para permitir que ese pene que se formó tenga erecciones.

En el caso de Gaby Naya, la ansiedad fue más fuerte que el procedimiento. En 2006, cuando cumplió todos los pasos previos a la operación, había dejado la Policía Bonaerense para trabajar de guardaparques en Mar del Plata. Quería terminar su historia lo más rápido posible, casarse con su novia y tener una vida normal. "Estaba tan apurado —recuerda— que no quise hacer las cuatro operaciones por separado, así que los médicos se jugaron una carta grandísima conmigo. Es algo que no lo hacen nunca más: en el quirófano hubo tres equipos trabajando juntos." De la operación, Gaby tiene un recuerdo grabado: antes de entrar a la sala de operaciones, le dijeron que iba a estar 48 horas en terapia intensiva, pero como ese día jugaba Estudiantes con San Pablo por la Libertadores, sólo lo pudieron retener por 12 horas. "No sé si era por la ansiedad, pero a la una de la madrugada entré a terapia, y a las 5 ya estaba llamando para que me bajaran al piso. La desesperación mía era ver el partido."

La última fase de la operación, la colocación de la prótesis, para Gaby fue toda una revelación. "Me pusieron una norteamericana, que funciona bárbaro. En uno de los testículos llevo una bomba, que la acciono y hace que se ponga el pene en erección. Hasta que yo no lo bajo, no se baja."

En los primeros tres meses con su cuerpo nuevo, Gaby se separó de su mujer. "Lo hablamos —recuerda— y ella me dijo que tenía que vivir todo lo que no pude vivir antes. A partir de entonces pintó el descontrol. Te puedo asegurar que tengo una vida sexual espectacular, espectacular. En estos dos años estoy haciendo lo que no hice en toda la vida. La estoy pasando bomba. Te lo puedo asegurar."

La vía chilena

En Chile, donde las operaciones de reasignación genital no están prohibidas, se realizan entre 10 y 20 intervenciones al año, que incluyen un alto porcentaje de argentinos y argentinas que cruzan la frontera. Las operaciones allí cuestan cerca de U$S 10.000. Otros lugares donde se realiza este tipo de cirugías son Inglaterra, Francia, España y en algunos países del Sudeste asiático.

La vía chilena para el movimiento trans local se inauguró en los ’80. Una de las primeras en cruzar la cordillera fue Marcela Romero. Lo hizo “sin dudar ni un segundo de que era lo que quería”. A los 13 años, a Marcela la confundían con una mujer y se rateaba de gimnasia de forma metódica: era la única materia en la que tenía cero. Su familia creía que era porque no sabía atajar penales, pero la verdad es que no estaba dispuesta siquiera a intentarlo. A los 17 dejó de hacer una doble vida: le pidió a su familia que dejaran de mandarle piyamas y calzoncillos. Salió a taconear en el barrio de Congreso, y enseguida conoció la cárcel de Devoto, lugar a donde iban a parar aquellas trans pioneras de principios de los ’80. Pero en la calle también juntó dinero para poner en sintonía su identidad y su cuerpo: primero para hacerse los pechos en San Pablo y después para viajar a Chile y cumplir el sueño que venía arrastrando desde chica. Tenía 23 años. “Yo estaba muy segura de mi transexualidad —recuerda Marcela—, pero me incomodaban las leyes que hay acá. Entonces me operé en Chile, porque ahí no tenés que pasar por la autorización de un juez. Hice los trámites, pasé por un psicólogo, me hicieron análisis y de ahí al quirófano.” Cuando despertó del sueño de la anestesia, una enfermera le sostenía la mano. “Ya eres niña”, le dijo la mujer, y a Marcela eso le quedó grabado como el inicio de una nueva vida.

Lo que vino después echó por tierra cualquier mito sobre la supuesta falta de plenitud sexual que seguiría a la operación. “Me hicieron una nota en *Eroticón* —recuerda Marcela Romero entre risas— y empezaron a venir hombres de todas partes a verme. Me dieron una baqueteada importante.”

Enseguida quiso mirarse al espejo y estrenar la ropa ajustada que había comprado para su nuevo cuerpo. Al mes, ya en Buenos Aires, se encontró con un viejo pretendiente que sabía de su operación y que se propuso como su primer hombre. Aquella vez todo fue romántico y delicado. Lo que vino después echó por tierra cualquier mito sobre la supuesta falta de plenitud sexual que seguiría a la operación. “Me hicieron una nota en *Eroticón* —recuerda Marcela entre risas— y empezaron a venir hombres de todas partes a verme. Me dieron una baqueteada importante.”

Pero junto con la felicidad del cuerpo propio también surgieron las complicaciones. Durante los primeros 14 años posteriores a la operación vivió con documentos de hombre. La primera vez que cayó presa después de la operación, en Devoto no sabían dónde alojarla. La dejaron cinco días sola, encerrada en una celda, hasta que convenció a los carceleros de que tenía que estar con las demás chicas trans. Cuando decidió tramitar el documento de identidad femenino, hace 10 años, le cayó el peso de la burocracia estatal encima. “Un juez me mandó a un médico forense para ver la profundidad que tenía mi cirugía. Tuve que pasar por un psicólogo y por un psiquiatra para que me den los documentos, y yo ya estaba operada. Todo el trámite duró 10 años. Es una prueba más de que necesitamos una ley de identidad de género para que tengamos nuestra documentación.” ●




TAPA: ALEJANDRO ROS



Las versiones del amor

Aunque en su trabajo como actor y guionista haya elegido contar y encarnar historias de vida, amor y muerte en clave gay, Javier Van de Couter insiste en que su búsqueda va en pos de la persona, así de neutro como suena. Ahora, mientras la historia que escribió sobre la villa gay espera convertirse en largometraje, encarna en un unipersonal a un militante de Act Up.

texto **Patricio Lennard**
fotos **Sebastián Freire**

***La noche que Larry Kramer me besó* es una obra que tiene como disparador otra obra: *El corazón normal*, de Larry Kramer, una de las primeras que tocaron la problemática del sida.**

—Sí. *El corazón normal* es de 1985 y cuenta la historia de un hombre que conoce al amor de su vida el día que se entera de que es seropositivo. Además de dramaturgo y guionista, Larry Kramer fue uno de los primeros que se ocupó de denunciar en los Estados Unidos la inacción del Estado y la apatía social que hubo ante la crisis del sida en sus comienzos. Y fue ese trabajo como activista político que Kramer abrazó luego de ver a varios de sus amigos sufrir los estragos de la enfermedad, lo que lo llevó a fundar una organización de asistencia para enfermos de sida a principios de los '80 y a ser uno de los principales agitadores de Act Up, una importante agrupación de lucha contra el sida. Parte de su labor como activista fue escribir esa obra, *El corazón normal*, que él comenzó a gestar luego de un viaje a Alemania en que visitó el campo de concentración de Dachau. Ahí supo que ese campo había sido abierto en 1933, poco después de que Hitler asumiera como canciller, y que ni los propios alemanes, ni ningún representante de otro país habían hecho nada por impedir que se abriera. Kramer se inspiró en ello porque sintió que la falta de reacción que advertía en el gobierno frente a la epidemia, e incluso en la comunidad gay, se le parecía bastante. De hecho, creía que el sida era una suerte de holocausto. "El sida es nuestro holocausto y Reagan es nuestro Hitler. Nueva York es nuestro Auschwitz", escribió en un discurso de 1987. Y esa denuncia, ese grito y ese llamado a la militancia que Kramer no se iba a cansar de repetir en aquellos años, fue lo que impresionó al jovencito que era David Drake cuando vio por primera vez, en Nueva York, *El corazón normal*. Algo que fue como una revelación para él y que lo persuadió de convertirse en militante.

Drake es autor y protagonista de *La noche que Larry Kramer me besó*, y los años que la obra estuvo en cartel lo tuvieron sobre el escenario haciendo de sí mismo. ¿Cómo fue para vos componer este personaje?

—Drake escribió, dirigió y actuó la obra, que es autobiográfica en varios aspectos. Y al no abordar el personaje desde Javier, al no haber tampoco una adaptación a Buenos Aires o a mi historia personal, el efecto que se produce no es el que generaba Drake hablando de su vida. El empieza el relato a los seis años, el día de su cumpleaños número seis, que es el mismo día en que muere Judy Garland y en que se desata la represión policial de Stonewall. Ese día él ve en Baltimore, su ciudad natal, una puesta de *Amor sin barreras* y descubre su fascinación por las comedias musicales. Diez años después huye a Nueva York, luego de que sus padres se enteraran de que es homosexual, y es en Broadway donde se acrecienta su deslumbramiento por el music-hall. Hasta que descubre una obra que se llama *El corazón normal*, que le brinda una nueva conciencia. El entonces tiene 22 años y ya hay amigos que han empezado a morirse de sida alrededor suyo. Y cuando ve esa obra, en la que se critican las políticas de salud y el silenciamiento que hay con respecto a la enfermedad, la siente como una cachetada, como un cimbronazo que lo despabila, incluso, del escapismo de los musicales. En un momento en que el personaje empieza a sentirse perseguido por esa enfermedad, por el sexo casual y el sexo anónimo, el beso de Larry Kramer lo despierta.

Hay un fuerte componente generacional en lo que el personaje narra, considerando que se refiere mayormente a los Estados Unidos en la década del '80, en plena ebullición de la epidemia. ¿Cuáles son las diferencias que notás entre ese registro generacional y el tuyo propio?

—Algunas cosas cambiaron radicalmente. Sin ir más lejos, el VIH era una enfermedad mortal y hoy ha dejado de serlo. De hecho, Drake estrena la obra en 1994, cuando recién se empezaba a hablar de los tratamientos antirretrovirales. Y eso hace que el sentido de la obra sea otro, porque hay algo de todo eso que ya es parte del pasado. Si bien aún hay que luchar y trabajar muchísimo, hay algo que cambió en el prejuicio, en la manera de ver las cosas, en la enfermedad misma. Y eso no vuelve a la obra inactual, muy por el contrario, sino que permite que la gente venga más relajada a verla. Como dice el autor: "La memoria es siempre un tiempo presente", y me parece que desde esa perspectiva el texto se resignifica. Yo creo que la obra sigue siendo necesaria porque está bueno hablar de cómo fueron las cosas. Y gritar, como lo hace el personaje en medio de una manifestación callejera, "¡Realidad al día! ¡Actúe! ¡Luche contra el sida!", sigue siendo tan indispensable hoy como hace veinte años.

En tu caso particular, ¿qué es lo que te causa más miedo del VIH?

—Es un miedo que la gente de mi generación (tengo 33 años) arrastra desde chico. Ahora se me viene a la cabeza una situación en el colegio (tendría doce o trece años), en la que me acuerdo de haberle dibujado a un amigo —que la tenía bastante más clara que yo en materia de sexo— un culito y una pija en el pupitre del banco, con lápiz negro, para poder borrarlo después, con el fin de que me explicara cómo era que se contagiaba. Yo no entendía cómo era el contagio porque ni siquiera manejaba la noción de preservativo, lo que hacía el preservativo y de lo que te preservaba. Eran cosas que no sabía. Y había algo que me paralizaba, que me generaba miedo, seguramente porque iba a un colegio de curas en donde la educación sexual



brillaba por su ausencia y porque cargaba con la típica vergüenza de no tocar con los mayores temas como ése. Y así es como yo y tantos otros crecieron con ese miedo encima, y despojarse de él nos llevó todo un proceso. De hecho, cada vez que me voy a hacer un análisis de sangre, es casi inevitable que me ponga nervioso. Pero haber hablado del tema tanto en *Un año sin amor* (la película de Anahí Berneri) como en esta obra, me llevó a entender un montón de cosas y a informarme. La ignorancia es lo que motiva el miedo. La falta de información y la ignorancia. Y eso hace que sigan existiendo prejuicios relacionados, sobre todo, con las implicancias de tener sexo con personas portadoras; y el hecho de que antes la gente se muriera y ahora ya no, confunde a las generaciones más jóvenes.

Además de actor, vos sos guionista de cine. ¿Hubo alguna historia tuya, personal, que te hubiera gustado incluir, disfrazada, en la obra?

—Paralelamente a los ensayos, yo estaba escribiendo un guión, por lo que esa parte de mi trabajo la tenía cubierta. Y si no traje el guionista a la obra fue porque estaba satisfecho con la historia que estaba creando, cuyo disparador fue la villa gay que estaba detrás de Ciudad Universitaria. Un lugar que conocí antes de que lo desalojaran por primera vez, en 1998, y que era un asentamiento habitado por homosexuales y travestis en donde no se permitían heterosexuales. Muchas de las travestis que vivían ahí fueron pioneras a la hora de cartonear en el barrio de Núñez. Y lo que me inspiró para hacer el guión, cuya protagonista es una travesti cartonera y que va a ser mi primer largometraje, fueron esos ranchos que por dentro eran como casas de muñecas, tapizados de alfombras y telas y adornos que las travestis recogían por la calle. Fue curioso que, cuando hace poco premiaron el guión en La Habana, el jurado le elogiara lo referido a la tolerancia. Algo que me agradó porque para mí *La noche que Larry Kramer me besó* habla de eso, precisamente.

De la tolerancia y del sida, que es un tema que excede a los homosexuales...

—Sí, y eso lo ves también en *Un año sin amor*, una película que gira alrededor del tema y con la que me pasa lo mismo que con esta obra: yo termino viendo a un ser humano. Porque si algo tiene de bueno esa película, a diferencia de otras que se han hecho sobre el tema, es que trasciende lo gay, y para mí es genial que pase eso. Yo trato de ver la vida y a la gente más allá de la sexualidad. Y en la obra lo que se rescata es a una persona, en última instancia. Ni homo, ni bisexual, ni hétero. Una persona. Y eso es algo que tenemos que entender: que no importa para qué lado se coge, y que el sida es algo que atraviesa a todos los seres humanos. o



Sydney es, además de la ciudad más antigua y grande de Australia, la que alberga la fiesta queer a cielo abierto más grande del mundo. Como un guiño pagano, sucede el martes anterior al católico miércoles de ceniza y concentra ahí tanto el color del Carnaval como las reivindicaciones que acompañan las marchas del orgullo lgbtti en el resto del mundo.



Arriba: Matthew Mitcham, campeón australiano de saltos ornamentales en los últimos Juegos Olímpicos, fue el único deportista abiertamente gay que ganó en Pekín una medalla y último "Chief of Parade", figura central de la fiesta, en el Mardi Gras de Sydney que se celebró el martes pasado. En la otra página, postales de la celebración.

Orgullo de carnaval

texto **Patricio Lennard**

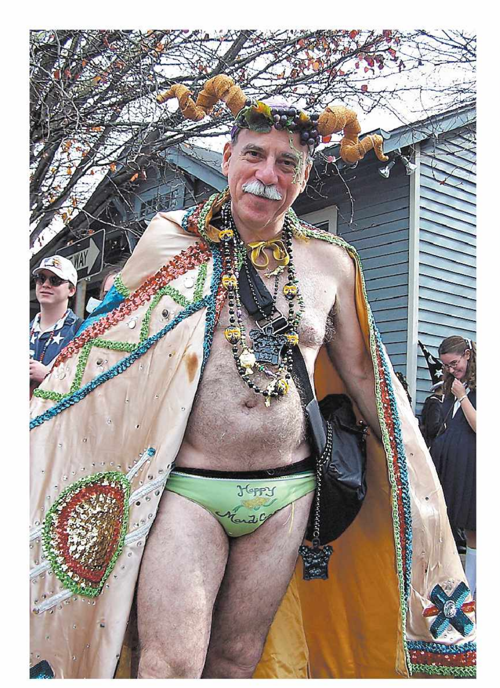
¿Se habrá imaginado el capitán James Cook, cuando avistó por primera vez el territorio que se llamaría Australia, que albergaría el mayor festival gay del mundo? ¿Cómo fue que esa isla llena de asentamientos rudimentarios y canguros saltarines al que la Corona británica –luego de la independencia de los Estados Unidos– empezó a derivar los presos que atestaban sus prisiones se convirtió en sede de un carnaval que celebra la diversidad sexual por sobre todas las cosas?

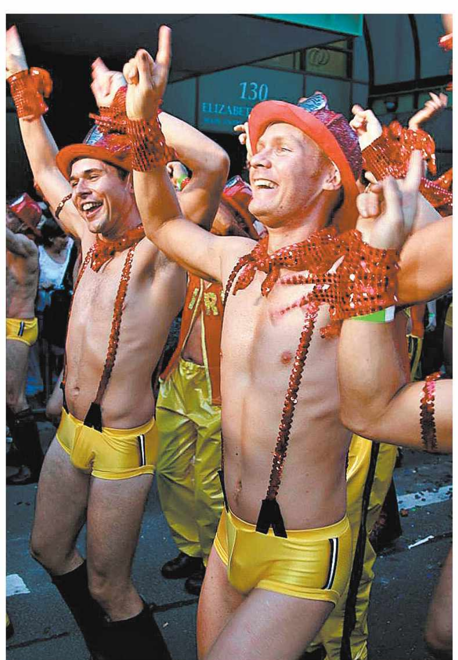
El Mardi Gras de Sydney es, desde hace más de treinta años, la expresión más colorida y diversa de una tradición carnavalesca que tuvo su origen en los Estados Unidos, y más específicamente en Nueva Orleáns, a principios del siglo XVIII. Fue allí donde nació su modalidad gay friendly y se extendió a otras ciudades como Venecia y Río de Janeiro. Pero sobre todo en Sydney es un festival que año a año gana las calles para insistir en la reivindicación política de las minorías sexuales, lo que justifica que la Marcha del Orgullo Gay y Mardi Gras sean allí una sola y la misma cosa. De hecho, la detención por parte de la policía en junio de 1978 de más de cincuenta manifestantes en una marcha realizada en Sydney en conmemoración de los levantamientos de Stonewall fue el detonante para que en 1981 sus organizadores decidieran correrla a febrero y hacerla coincidir con Mardi Gras. Es que en aquel año, luego de las detenciones, uno de los diarios más importantes de la ciudad publicó la nómina completa de los detenidos con nombre y apellido, sacando del clóset a más de uno y provocando que varios de ellos perdieran sus trabajos. La bronca que fue in crescendo desde aquel 1978 se transformó en algo más parecido a una fiesta que a una barricada cuando las dos marchas se hicieron una. Y el Mardi Gras, que alcanza su clímax el martes previo a la fecha que el calendario cristiano señala como "miércoles de ceniza" (este año cayó 24 de febrero), tuvo en Australia su real importancia como fiesta popular a partir de esa coincidencia.

Sydney captó la atención internacional cuando fue elegida como ciudad anfitriona de los Juegos Olímpicos de 2000. Y la controversia estalló cuando fue anunciado en los medios que un grupo de drag queens aparecería en un segmento de la ceremonia de clausura, que rendiría homenaje al cine australiano, en representación del film de 1994 *Las aventuras de Priscila, reina del desierto*. Algo que constituyó la primera manifestación de cultura gay y travesti en una ceremonia olímpica y que es un ejemplo de la apertura que domina esta ciudad que, en 1988, cuatro años después de que la homosexualidad fuera despenalizada a lo largo y a lo ancho de la isla, decidió rebautizar la festividad como "Gay and Lesbian Mardi Gras". Una denominación que le hace honor al protagonismo que la cultura queer fue adquiriendo en ella progresivamente, no sólo a base de plumas y cuero y cuerpos musculosos contoneándose en las calles, sino también de numerosos eventos culturales que incluyen desde muestras de arte y obras de teatro hasta un festival de cine lésbicogay.

Y si bien todo empieza en Nueva Orleáns, en donde la tradición gay del Mardi Gras despunta tímidamente en la década del '50, cuando nace la primera peña homosexual, bautizada Yuga, lo cierto es que Sydney se ha posicionado como la vedette de la fiesta. Tal vez el huracán Katrina, que en 2005 arrasó con Nueva Orleáns y se convirtió en el más costoso y destructivo de la historia de los Estados Unidos, tuvo algo que ver en el asunto. Pero luego del desastre, los disfraces volvieron con su acostumbrado esplendor a poblar el Barrio Francés y la tradicional calle Bourbon, centro de la movida gay y de los festejos en que se acostumbra que los participantes de las peñas le tiren al público collares multicolores, medallones de su agrupación, juguetes y hasta prendas íntimas. Todo en un contexto de armonía y de respeto por la diferencia, teniendo en cuenta que en 1991 se aprobó en Nueva Orleáns una ley que castiga cualquier forma de discriminación basándose en la raza, la religión, el género o la orientación sexual en cualquiera de las peñas, so pena de perder el permiso para desfilar.

Históricamente, conforme las leyes represivas en contra de la homosexualidad conservaron vigencia, la movida gay de Mardi







Gras (ya se tratara de Nueva Orleáns o de Sydney) conservó un sentido primordialmente político antes que festivo. Y fue recién cuando esta situación cambió que los organizadores de Mardi Gras priorizaron el entretenimiento en lugar del activismo. Además de convocar a los Djs más destacados del país para tocar en las diferentes fiestas, el plato fuerte en Sydney es el desfile que tiene lugar en la concurrida Oxford Street, la calle gay por excelencia, que queda muy cerca del barrio lésbico de Newtown. En esta gran avenida, siempre el primer sábado de marzo, se reúnen con horas de anticipación casi un millón de personas para ver la caravana que es la frutilla del postre. A sus espaldas, por primera y única vez en el año, pierden su protagonismo los locales de ambiente, las cafeterías y restaurantes, las vidrieras de tachas y cuero, los negocios de postizos y pelucas, los locales de bronceado y tatuajes, y las tiendas donde pueden hallarse las últimas tendencias. Y es a pie, en moto o en carrozas dignas de reinas o reyes que los participantes lucen sus disfraces y ponen en escena sus coreografías. Con más o menos arte, lo importante es estar allí y disfrutar de una de las fiestas al aire libre más multitudinarias del mundo junto con la Love Parade de Berlín. Uno de los eventos gays más importantes del año que en su versión 2009 tuvo como "Rey" a Matthew Mitcham, el australiano que fue campeón de saltos de ornamentales en los últimos Juegos Olímpicos y el único deportista abiertamente gay que ganó en Pekín una medalla.●

LGTTBI

Sin trabas en el aula

texto **Diana Sacayán**

La escuela es el punto ciego de un círculo muy vicioso que deja atrapadas a las personas travestis y transexuales: porque no estudiaron, no pueden tener una vocación, no pueden trabajar de nada que no sea prostituirse. Porque somos lo que somos o lo que seremos, no podemos asistir a la escuela sin riesgo de agresión, burla, humillaciones, fracaso. Un niño que da señales de su transexualidad es repelido del aula por maestros y maestras, directores, padres y compañeros. Paradójicamente, una alta dosis de ignorancia hace que los responsables de "dar cátedra" sean los mismos que perpetúan esta injusticia. La sociedad biempensante acuerda con lo dicho anteriormente y tal vez haya llegado la hora de que una sociedad actuante comience a cambiar las cosas. Eso parece estar sucediendo en la provincia de Buenos Aires, donde el año pasado se firmó un convenio entre el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación y la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia a través de la Dirección de Educación de Adultos, para alentar a que las personas trans puedan cumplir su derecho a una vida digna que incluye estudiar y trabajar. La idea es sencilla: que los directores e inspectores de escuelas vuelvan al aula por un rato, aprendan que la normalidad no pasa por ser bien machos o por ser bien señoritas, que la identidad es algo mucho más complejo e interesante que dividir en rosa y celeste el aula al medio y que luego lo transmitan a maestros y a toda la comunidad educativa. Este proyecto, que se llevó a cabo en 2008 como una experiencia piloto, se desarrolló en varias escuelas de La Matanza, y durante este año se extenderá a Mar del Plata, Lanús y Morón.

Los directores e inspectores fueron convocados por la Dirección de Adultos para tomar los talleres, y entre algunas de las capacitadoras estuvieron importantes activistas travestis como Diana Sacayán, Lohana Berkins, Marlene Wayar, Noelia Luna y Cali Rivero.

Para las chicas que quieran ir a la escuela este año, aquí va esta lista de aquellas instituciones cuyos directivos ya aprendieron la lección:

- En Laferrère, las escuelas 717, 714, 711, y las escuelas para adultos CENS 452 y 456.
- En González Catán, las escuelas 721 y 704, y la escuela para adultos CENS 453.
- En Rafael Castillo, las escuelas 702 y 744, y la escuela para adultos CENS 451.
- En Virrey del Pino, la escuela 769.

Para más informes:
grupomal_denuncias@yahoo.com.ar
periodismo2005@hotmail.com



Paula Maffia

es compositora
y cantante de La Cosa Mostra

texto
Raúl Trujillo
foto
Sebastián Freire



Un volumen considerable de ondas y rulos con un flequillo alto que recuerda a Betty Boop —caricaturizada versión de emancipadas chicas Flappers de los '20— o inspiración retro de finales de los '50, enmarca como **casco** caoba el rostro pálido de volúmenes sinuosos.

Top estilo sexy corset escultórico en animal print cebra B&W. Este ya no requiere de varillas, ballenas o ataduras para lograr la preciada silueta reloj de arena. Ahora el truco va en el interior. ¡Vivan los **push up**!

Chupín, con botamangas o arremangados, como Paula, para **lucir** cómodas y prácticas.

Las ballerinas en cintas de **punta** descubierta aportan al look retro femenino que ni el cinto de hebilla angulosa logra enrudecer.

Rockstar o beisbolista, el gesto lo dice todo. Fuerza y decisión hay que tener para arriesgar a la fiel compañera que se mima, abraza y toca hasta sacar melodías que recorren la senda entre el cielo y el suelo.
El **ademán**, un clásico de recitales —Charly, enfadado, tantas veces lo repitió—, el reventar la guitarra contra el escenario como hace 40 años The Who en Woodstock o para batearnos algún nuevo hit.

Lo que más me gusta de mi cuerpo...
Mi tamaño.

Si algo trato de esconder es ...
Depende de la circunstancia. A veces trato de parecer menos voluptuosa, y a veces menos buena.

Casi siempre me pongo...
La remera que tengo puesta en la foto. Es la que quiero tener puesta en el día de mi cremación.

SABADO 28 DE FEBRERO. 20HS (PUNTUAL) LA COSA MOSTRA ABRIRÁ EL SHOW DE LA PORTUARIA, EN EL ANFITEATRO DE LA COSTANERA SUR. (ENTRADA GRATUITA)



agendasoy@gmail.com

Ronda nocturna

Muy linda. Se palpita la fiesta Tres Jolie para este fin de semana. Un punto de encuentro de chicas que quieren conocerse, bailar, charlar y pasarla bien.
Sábado a la 1 en Cerrito 1060

Fecha especial. Crobar presenta a pesos pesado de la pista: Sven Svat, Dubfire y Armin van Buuren, en dos fechas consecutivas en el Club Hípico.
Viernes y sábado desde las 23 en el Club Hípico Argentino, Figueroa Alcorta 7248

Sueño de rock. John Disweed, productor y DJ inglés, festeja los 10 años de su sello Bedrock con una fiesta a todo trapo.
Sábado a la 1 en Alsina Buenos Aires, Alsina 940

Club color. El Club Namunkura, bien entrenado durante estas vacaciones, presenta su maratón de disco y house con los DJs Barbett y Towahot.
Sábado a la 1 en el Uniclub, Guardia Vieja 3360

Atención. Hay Noche Drag en La Casita.
Sábado desde las 22 en Casa Brandon, L.M. Drago 236

Sentadxs

Lisandro. Aristimuño, uno de los artistas emergentes más resonados del último tiempo, en el escenario.
Viernes a las 21 en Niceto, Niceto Vega y Humboldt

Vivos. Yilet y Diosque presentan sus modernas canciones en vivo.
Viernes a las 21 en Casa Brandon

Perón en Caracas. Esta obra, escrita por Leónidas Lamborghini, cuenta los días solitarios y reflexivos del General, exiliado luego del golpe del '55.
Viernes a las 21 en La Ranchería, México 1152

Videoinstalación. 26 personajes, 12 pantallas y mucho más conforman *z.ficks*, una puesta en escena impactante que habla sobre conflictos identitarios e imágenes partidas con muchos giros, ironía y vericuetos.
Viernes a las 13, 20, 21 en el Auditorio de la Alianza Francesa, Córdoba 946, piso 1º

Across the Cordillera. Ciclo anual con artistas emergentes de las dos capitales: Santiago de Chile y Buenos Aires. Tocan Tío Lucho y Javi Punga, entre otros.
Sábado a las 21 en El Victorial, Piedras 722

Doctor! Nueva fecha de Ambulancia, banda de actores, músicos y performers liderados por un Mike Amigorena travestido.
Viernes a las 24 en el C.C. Konex, Sarmiento 3131

De La Plata con furor. El Mató A Un Policía Motorizado, la sensación del rock actual.
Sábado a las 21 en Niceto

Extra

Todo sobre Kagel. Continúa proyectándose *Süden*, el documental que narra la obra y el pensamiento de Mauricio Kagel.
Viernes y sábado a las 22 en el Malba, Figueroa Alcorta 3415

17 años de Sigla. La Sociedad de Integración Gay Lésbica Argentina cumple años y te invita a festejarlo con ella. Bebidas, se agradecen.
Sábado a las 17 en Pasaje del Progreso 949



Ansiedad oral

Del calor achicharrante que el viernes pasado lx encerró en su heladera al reinar en la pista del Club Aráoz, nuestrx cronista explica por qué las fiestas itinerantes de las chicas Brandon tienen ese no sé qué.

Sería la omnipresencia en mi cielo privado de ese megachongo reconstruido de Mickey Rourke lo que me llevó el viernes pasado a meterme en la heladera. Y claro, cualquiera que tenga una Siam de los años '30 como yo lo hubiera hecho, le haya gustado o no *9 semanas y media* —personalmente no me desveló, pero además de Mickey me dejó en la memoria como una marca de fuego los usos múltiples de espárragos, frutillas, hielitos y dulce de leche–. Cuestión que la vacié, entré, salí, volví a entrar y dije ¡basta! El calor con calor se pasa y si no pregúntele al hielo que me coloqué en las partes antes de salir disparadx hacia la última fiesta Brandon Gay Day de la temporada de verano. De mi house, al house de Electro c y Dr. Trincado; la idea parecía cálida, sobre todo con la promesa de albergar en mi escote la pinchuda figura de Lisa, la anfitriona Brandon, que no siempre en las mismas partes unx quiere ser apoyadx. Y así llegué y así lo hice, aunque después hube de tirarle del pelo para recuperarla de entre mis carnes, que ya se sabe, con el calor se dilatan. Habíame tomado dos whiscolas antes de abandonar mi Siam, habrá sido ese traspié lo que hizo que enfundara mis pies en zapatitos nuevos. Que sí, que apretaron lo suyo, de la barra a la pista del Club Aráoz y de la pista a la barra para ahogar el dolor en más whiscola. Aunque bálsamo era lo que sobraba, ¿era yo o es una regla que lxs chicxs de aspecto bohemio y un piquín intelectual den ganas de hincar el diente? ¿Sería el efecto Mickey R. en la memoria que ahora todo me lo quería llevar a la boca? Es que tienen esos pelitos desmechados, esa ropa de feria americana, esa mirada lánguida de poesía escrita antes de salir a bailar... pero en fin, la bohemia esconde sus papelitos y también sus partes: ni el alto de perfil griego ni la morena bajita, morruda y con morral; ningunx me quiso regalar más que la sonrisa insoportable de haberse tragado recién algo que no era el pescado. O sí, qué sé yo. Me perdí en la pista. Cerré los ojos. Si nadie me lleva, que me lleve la música, dije, justo cuando alguien me empezó a apoyar su pompis en mi sistema sensible. ¿Era él? ¿Era ella? Nunca lo supe, siempre de espaldas me frotó como si me quisiera sacar lustre y no quiso irse de la pista. Es verdad que su mano se aventuró donde sólo lxs valientes. También es verdad que eran las seis de la mañana y no quedaban bailarinxs para usar de pantalla. Me fui, Trincado me debe haber visto llorar zapatos nuevos porque me regaló un tema: esa gloria del house, Lonely people. Lástima, querido, no es para mí, el camino a casa será largo pero nunca solitario.



Reproches inoxidables

texto **Mariano E. Massone**

A los 15 años le dije por primera vez a mi mamá que me gustaban los chicos. Fue después de una pelea familiar. Me encerré en mi pieza y cuando mi mamá vino a consolarme, se lo conté. Ella me respondió: "A los nenes les gustan las nenas, es la naturaleza".

Como a los nenes les debían gustar las nenas, me preocupé por conseguir una novia. Mientras tanto, mantenía relaciones sexuales a escondidas con mi mejor amigo. Obviamente, los dos éramos muy machos y ninguno se atrevía a poner en palabras lo que nos pasaba. Solamente "jugábamos", en silencio. Y no fue poco tiempo, fueron tres años (todo el polimodal).

Un día estaba a punto de entrar a clase de teatro con una amiga y decidí contárselo. En el medio de mi confesión, me largué a llorar y ella me abrazó fuerte. Eso me dio fuerzas para hablar de nuevo con mis viejos. Igual seguía sintiendo que estaba haciendo algo malo. Como si mi sexualidad fuese un error, una malformación. Mi amiga me ayudó muchísimo a distenderme con mi sexualidad: hablábamos de chicos, mirábamos actores y modelos. También con ella empecé a comprender esa forma de aceptación que es reírse de uno mismo.

Con mis papás no hablé de mi sexualidad hasta que me enamoré. Recién acababa el secundario, estaba de vacaciones, me invitaron a una fiesta y conocí a un chico. Nos vimos varias veces antes de que pasara algo. Después de seis meses viéndonos, le di mi primer beso. La situación me superó: podía besar y, al mismo tiempo, hablar con la otra persona, compartir charlas sobre el sexo. En fin, relacionarnos de otra manera a la que ya conocía.

Igualmente no lo hablé con mis viejos. No me pareció lo más prudente, o quizá me daba miedo herirlos. Después de estar noches sin poder dormirme, decidí dejarles una carta en la mesita de luz.

Cuando mi mamá la leyó, me vino a decir que ya lo sabía desde que yo había nacido, que a ella no le importaba, que me quería por más que no entienda las decisiones de vida que tomaba. Al mismo tiempo que me decía esto, buscaba a un psicólogo para que me trate y solucione el problema. Mi papá me dio una charla bastante confusa donde lo principal era que no sea una loca y que, por más que sea puto, guardara mi compostura social. El psicólogo, por suerte, me ayudó muchísimo más a comprenderlos a ellos (y a mí) que a hacerme heterosexual.

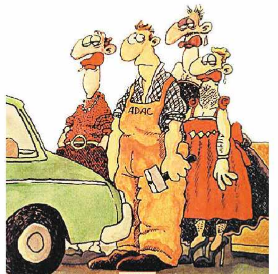
A veces, cuando nos peleamos con mis padres, surgen frases terribles. Varias veces mi papá me dijo que me quería matar o que era un hijo inservible. Creo que, sin saberlo, reprocha mi sexualidad.



por **Diego Trerotola**

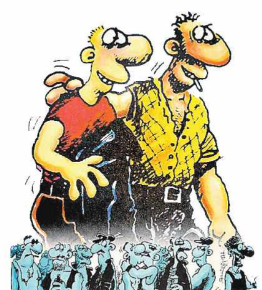
Locas en cuadritos

Comediógrafo incansable de la comunidad gay desde los ’80, el historietista alemán Ralf König, conocido por sus dibujos para campañas contra el sida, traza las mejores historias de locas en hilarantes libros de comics.



Retazos de vida

En 1989, König envió una carta a sus amigos para pedirles que le cuenten sus mejores anécdotas de locas para usarlas como bases de sus viñetas. Así creó estas historietas de no-ficción que patentan que la realidad gay supera a la imaginación más ardiente. Y nada mejor que una dosis de veracidad cómica para celebrar la auténtica diversidad. Y así fue como recopiló siete historias extravagantes que van desde polvos enrevesados hasta inesperadas salidas del closet, pasando por un viaje accidentado de locas travestidas. König también se dibuja como personaje y logra, en la mejor tradición del comic under, que ese gesto autobiográfico sea el inicio de un exhibicionismo esperpéntico, que llevará a las últimas consecuencias en su otro libro de historietas, *Con la mano izquierda*.



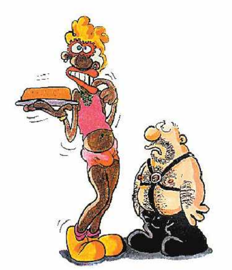
La noche más loca

Una serie de escenas afiebradas de sábado por la noche de un grupo de gays alemanes se convierte en una comedia de enredos socio-sexo-lógica generacional: esta saga publicada en 1995 va y viene por las distintas crisis desde los últimos ’70 a los primeros ’90. Y, por supuesto, todo se redefine en los ’80, a partir del surgimiento del sida como disparador de transformaciones en el sexo, la pareja y el amor. La historieta empieza y termina con un homenaje a Tom of Finland, cuyos dibujos de línea limpia y algo idealista habían trazado un homoerotismo ensoñador que en ese momento parecía utópico. Así, desde el presente cargado de nostalgia de la era precóctel, König y sus típicos personajes narigones encontraron una vía de escape gracias a la comicidad eterna del baile de las locas.



Podéis besaros

König es un autor de varias series que siguen a personajes de un libro de historietas a otro, como en *El condón asesino*, parodia policial en dos tomos sobre las pesquisas del entrañable inspector Macarroni. Konrad & Paul son una pareja que protagoniza la saga más larga dibujada por König, en libros que escoltan el vaivén de las últimas décadas del movimiento glttbi. En 2003, con el avance de la unión civil en Alemania, König empujó a estos personajes a planear su boda en *Podéis besaros*. Paul es un enano leather y erotómano, y Konrad, sobrio y con pasado hétero, es cómplice amoroso de los excesos de su pareja bonsai. Y esta desventura conyugal es un alegato sobre el amor queer, con uno de los finales más honestos y cómicos sobre las relaciones sentimentales glttbi.



Troya

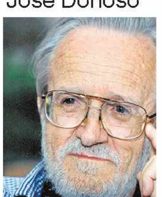
Este es un libro-collage de 2006. Agrupa historietas y viñetas de humor gráfico que van desde la parodia a la narración erótica, y donde König desarrolla dibujos atiborrados de color y de tonos de grises, a diferencia de la mayoría de sus historietas, creadas en un blanco y negro contrastado. Con imágenes cromáticamente más sensuales, las páginas recorren distintos niveles de la moderna vida gay, pero también se pegan unas vueltas por la historia, de la Antigua Grecia al Renacimiento, para buscar tanto las raíces profundas como los frutos verdes del imaginario humorístico gay. En una comedia sexual dentro del Caballo de Troya o en los embrollos ideológicos en medio de una Marcha del Orgullo, el gag marica brota sin límites de espacio ni de tiempo.



El vestido colorado

texto **Claudio Zeiger**

El lugar sin límites
José Donoso



El título de esta novela de José Donoso alude a una tierra baldía y yerma, un pueblo perdido entre viñedos del centro de Chile donde la única animación resulta ser el pequeño burdel, centro de reunión social y no sólo de prostitución. Pero alude además a la transgresión de los límites que supone la transformación de Manuel en La Manuela. “Cuando la fiesta se animaba con el vino de la temporada, y cuando los parroquianos eran gente de confianza, La Manuela se ponía un vestido colorado con lunares blancos, muy bonito, y bailaba español.” Viejo y enclenque, padre a pesar suyo, maricón de pueblo chico, infierno grande, La Manuela resulta perturbadora, sin embargo, cuando lo envuelve el disfraz. Hasta el más macho —don Alejo, el terrateniente, Pancho Vega, el tosco galán— siente temblar el piso bajo los pies cuando da comienzo el juego de las máscaras y las identidades móviles.

Novela previa a *El obsceno pájaro de la noche*, *El lugar sin límites* anticipaba ya el tortuoso devenir de las sexualidades en la obra de Donoso, uno de los grandes —pero no ocupante de la primera escena— de la literatura latinoamericana de los ’60 y ’70. La desolación de la tierra arrasa también el tono del libro. A pesar de la alegría inherente al personaje, el viento de la tragedia sopla por estas páginas. Y es que todos los personajes están atrapados en un aire estancado, en un burdel metafísico. La gran jaula no es en definitiva la tierra sino el estrecho círculo de hierro del machismo y la sociedad patriarcal. De ese choque inevitable, como el destino entre la Pluma y la Ley, trata la obra. Cuando La Manuela parece estar adaptada —y en un punto acomodada— bajo el ala protectora del amo, la férrea ley del Padre la traicionará. En cierta medida, no hay machos buenos ni malos sino machos, que siguen el mandato ciego. Y ese mandato incluye ir de fiesta pero —también— ponerle límites a la fiesta. El lugar sin límites es la conciencia, pero su proyección al mundo real tiene consecuencias.

En cuanto a estructura narrativa y tensión dramática, la breve novela de Donoso roza la perfección; además, La Manuela es un personaje prototípico, pero dotado también de misterio y belleza, simpatía y calidez. Su marca es inexorable y aparece en las primeras páginas: “Vieja estaría, pero se iba a morir cantando y con las plumas puestas”. El final no lo desmiente. A lo largo del libro, el vestido colorado de La Manuela marca el colmo de la fiesta y también su límite, en una intensa obra imprescindible de la mariconería latinoamericana. o

salio↗

Ser lesbiana cuesta en Perú



Esta semana se presenta en Perú, *No busco novio,* una serie de intimidades y reflexiones de la periodista Esther Vargas que empezaron como blog (Sex o no sex: El lado LES) y acabaron en este flamante libro que comienza así:

¿HETEROSEXUAL? NO, GRACIAS

Nos reunimos cada cierto tiempo. Yo soy la única lesbiana del pequeño grupo. Ellas hablan de sus novios o maridos; yo, de mi novia, de mis ex novias y, ocasionalmente, de mis futuras novias. Juntas analizamos las cosas más estúpidas y relevantes, pero sobre todo chismeamos sobre el mundo entero. Nos acompañan cervezas, vino o ron.

En una reunión de éstas se produjo el siguiente diálogo:

—¿Te acuerdas de X?

—Claro. ¿Qué le pasó? —pregunto, interesada.

—Se volvió lesbiana —dice mi amiga.

¡Nooo...! exclama la audiencia.

—¿Cómo así? —pregunta alguien. Y pienso que es la misma pregunta que algunos hacen cuando les dicen que Fulanito se hizo evangelista, mormón o budista.

—Pues nada. Se volvió lesbiana. Se enamoró de una mujer y está feliz.

Recuerdo a la Srta. X con cariño, y casi podría relamerme los labios. Era el culo más bonito que circulaba en las redacciones de los '90, cuando yo era practicante de periodismo y miraba los culos con timidez de lesbiana recién estrenada. Solía enterrar los ojos en mi libreta de notas, y apenas los alzaba para comprobar que la niña y sus posaderas seguían allí. Todos coincidimos en esa época: era el culo más bonito del diario. No sé qué fantasías me perseguían en ese tiempo, pero la Srta. X era heterosexual y yo no era mujer para esas batallas, así que me fijé precisamente en una chica sin trasero, a la que quise intensamente durante tres meses. X, su lindo rostro y su bello culo pasaron a un segundo plano. Que no es lo mismo que el olvido.

Pero en lo que me he puesto a pensar es algo serio: ¿Me enamoraría de una heterosexual? Me lo han preguntado muchas veces. Como si realmente creyera que una puede dominar su corazón, siempre respondo que no. Aunque no creo que una pueda, debo decir que hasta hoy no me he enamorado de una heterosexual.

Puedo ser persistente, dulce y tener toda la paciencia del mundo con una lesbiana que ni siquiera me sonríe, pero con una heterosexual retrocedo, corro y me evado en cualquier cosa. Quizá me asusta la indiferencia de una mujer que jamás amaría a una mujer. Con una lesbiana, al menos, tengo el consuelo del "pudo ser".

Pero la historia de la Srta. X me hace pensar que quizás he vivido en un error, como me pasa todo el tiempo. ¿Cuántas mujeres heterosexuales he descartado de plano sólo por miedo a sufrir, a verlas casadas con un hombre, a imaginar que el día menos pensado llegarán a casa para decirme que no puede ser? Yo no he querido vivir esas historias, y por eso he prohibido a mi corazón y a mi cuerpo encandilarse con una chica straight.

Todas mis relaciones han sido con lesbianas convencidas. He competido por el amor de una mujer, pero nunca con hombres. Y es que a veces un hombre no sólo es un compañero que quizá brinde placer y amor. Para las chicas que tienen un "desliz" lésbico y que luego recuperan el "sentido", un hombre es el pasaporte a la normalidad, la mejor forma de borrar aquello. Un hombre les dará apellido de casadas, hijos y una familia. Y, por supuesto, siempre habrá la excepción en la que la chica realmente amará al chico. También pasa que, después de muchos años de casada, una mujer puede encontrar el amor en otra mujer, ya sea porque ésta supo seducirla o porque simplemente llegó en el momento crítico de la decisión. Cuando alguna heterosexual se cruzó en mi camino, me faltaron experiencia y paciencia. Hoy sé que lo que me detuvo fue el miedo. El mismo que me causaría una bisexual.

De todas formas, no quiero caer en la danza de los "hubiera" y los "quizás". Pero si la hubiera invitado a salir, y si le hubiera dicho que su cabello era muy lindo, y si le hubiera escrito una carta de amor, quizás... o

salio↗

A banana pelada



Un grupo de bandas platenses emula, en un disco gratuito, las mejores canciones de Velvet Underground.

texto **Diego Trerotola**

El cóctel molotov de música hipnótica, poesía desafiante y ruido surtido de la Velvet Underground atravesó el corazón de la endiabladísima trinidad sexo-droga-rock'n'roll para servir por siempre como la mejor banda de sonido para cualquier danza narco-erótica. En su disco debut de 1967, *The Velvet Underground & Nico*, con producción de un Warhol, la banda lanzó once canciones por el precipicio de la ambigüedad que lograron volar hasta el presente con las alas sórdidas de un proto-punk-glam. De hecho, en las últimas décadas, esa banana pop que Warhol invita a pelar desde la tapa de ese disco de la Velvet se multiplicó en remeras que huelen a espíritu adolescente abierto a la experimentación musical diversa. A fin del año pasado, la revista *Out* hizo una encuesta para encontrar los "100 discos más grandes, más gays de todos los tiempos" y *The Velvet Underground & Nico* tuvo el puesto 12.

Este mes, once bandas independientes argentinas editaron un tributo a este disco. El proyecto emergió en 2007 cuando la banda carapachense Woodie Alien se propuso homenajear los cuarenta años de Velvet Underground & Nico retocando los acordes originales junto a algunas de sus bandas amigas. Sin un Warhol que los produzca, el proyecto tardó en inmaterializarse, pero valió la pena porque se logró el objetivo de convertirlo en una jauría de once covers, once caminos de sonidos que se bifurcan, once púas ruidosas para pincharse las venas.

Nadie se pone de acuerdo en cómo reformular la electricidad primitiva de la Velvet y ése es el mérito de este disco diverso: hay quien borra la letra con un instrumental climático (Hacia dos Veranos) y otro que traduce el verso de Lou Reed en prepotencia de palabras (Javi Punga). Las otras bandas que versionan a la Velvet son Flavia & The Motonets, Ushuaia Rocks!, Modular, Reno & Los Castores Cósmicos, Picón de Mulo, Mujercitas Terror, Sr. Tomate y El Mató A Un Policía Motorizado, las dos últimas responsables de discos esenciales de 2008. En la tapa de este disco tributo hay una banana desnuda, descascarada, lista para usar: es que estas canciones son para tararear a grito pelado. o

Se puede escuchar y bajar gratuitamente en www.tributovu.blogspot.com/



Si te discriminan, LLAMANOS.

Celebremos la diversidad.
Los mismos derechos
para TODAS y TODOS.

0800-999-2345

www.inadi.gov.ar | denuncias@inadi.gov.ar

Moreno 750 - 1º P. - C 1091 AAP - Ciudad Autónoma de Buenos Aires





Si te discriminan, LLAMANOS.

Celebremos la diversidad. Los mismos derechos para TODAS y TODOS.

0800-999-2345

www.inadi.gov.ar | denuncias@inadi.gov.ar

Moreno 750 - 1º P. - C 1091 AAP - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

